

Antonia no respondió. sus brazos se apretaron más, y después de un instante dijo en voz baja:

—Bendíceme.

Su madre la bendijo; le hizo algunas caricias y se fué. *Niania* entró en seguida caminando de puntillas.

—Y bien, palomita mía, ¿has hecho las paces con tu madre?

—Sí... la paz eterna—repuso Antonia.

—¡Qué palabras tan extrañas; sólo Dios puede comprenderte!

—Dios solamente!—repitió Antonia.

Un fugitivo enrojecimiento acudía por instantes á sus mejillas; involuntarios estremecimientos sacudían su cuerpo. *Niania* la miró con mucha firmeza.

—¿Tienes sueño?—le preguntó la joven para distraer su atención.

—No—repuso la anciana.

—Yo tampoco. Siéntate aquí y cuéntame algo—le dijo señalándole los pies del lecho.

—¿Y qué quieres que te cuente? ¡Una vieja como yo nada tiene que decir!

—¿Es que nunca te ha sucedido nada?

—Nada que valga la pena de contarse.

—Esto no es posible. Aun no sé si eres soltera, casada ó viuda.

*Niania* movió la cabeza tristemente.

—He sido casada, pero eso no puede interesarte.

—Cuenta, cuenta. Te lo suplico.

No sin vacilar *Niania* comenzó á referir su historia en voz baja.

## XI

—Mi padre, á quien Dios tenga en la gloria, era un hombre alegre y bullicioso, le gustaba trabajar lo mismo que reír y divertirse; me acuerdo que los días festivos volvía á casa cantando y gritando, más borracho de canciones y alegría que de vino. No le gustaba el aguardiente, diciendo que le ponía triste, y cuando bebía algo fuerte era hidromiel y cerveza dulce, pero esto lo hacía pocas veces.

En la casa paterna había una verdadera caterva de hijos. Desde mi más tierna juventud no he hecho otra cosa que llevar un niño en brazos; uno sustituía á otro. Así llegué á la edad en que las jóvenes empiezan á ponerse serias y á mirar si sus cabellos están bien peinados.

Era hija de un campesino y no de un criado, jamás entré en los gabinetes de los señores y ya verás, paloma mía, cómo vine á servir á tu casa. Ya era grandullona cuando se murió mi pobre madre. Era una mujer seria, tanto como alegre era mi padre; me quería tanto que cuando la ví en el ataúd pensé que ya para mí no podía haber ninguna hora buena. Desde aquel momento, á excepción de mi último hermano que tenía doce días, dejé de tener niños en brazos y aun éste creció solo porque yo no tenía tiempo para ocuparme de él y por lo mismo yo lo quise más que á los otros.

Mi padre estuvo triste algunos días, pero su ca-

rácter era tan alegre, que no pudo llorar mucho tiempo; se puso á reír con los compañeros, mientras yo permanecía en casa para hacerlo todo.

—¿Tan joven?—dijo Antonia.

—¿Qué remedio me quedaba? Hay que someterse á la suerte. ¿Qué podía yo hacer contra la voluntad de Dios? Era El quien nos había quitado á la madre, y su voluntad era que yo criase á mis hermanos; de no ser así no me hubiese hecho nacer la primera.

De este modo pasé algunos años, los pequeños eran ya grandecitos, el último hacía tiempo que corría solo, ya me quedaba algún tiempo libre. Llegó la primavera y yo la aproveché para coger setas y frutos silvestres, á fin de conservarlos para el invierno. Disponíamos de pocas golosinas y las tomábamos donde Dios nos las daba.

Un día fui á un bosque con mi cesto para recoger fresas, ya lo tenía casi lleno, y como hacía mucho calor, me senté sobre el césped. He aquí que la madre de tu madre, tu difunta abuela, á la que no has conocido, vino al bosque á pasearse y tomar te en unión de otras personas. Llegaron en un coche tirado por cuatro caballos. Tu abuela era muy buena, y algunas veces, al pasar por la aldea me hablaba, pero á mí me faltaba valor para responderle. De vez en cuando, al oír sonar las campanillas de los caballos sentía cierto placer, era para mí una distracción, la única, y jamás pensé que los señores se divirtiesen juntos.

Aquel día estando en el bosque, oía caminar muy cerca de mí, me puse de pie para huir, pero la curiosidad me retuvo. A pesar de no haberlo visto más que dos veces lo reconocí en seguida á Afanasi, el cochero de tu abuela, no tendría más que unos diez y ocho años y ya sabía guiar un coche de cuatro caballos. ¡Ah! si le hubieses visto cuando iba á misa los domingos...

Niania se calló para lanzar un suspiro y hacer la señal de la cruz.

—Afanasi me pareció más hermoso que el sol; tenía una barbita rubia que empezaba á crecer y al sonreírse me parecía contemplar á los ángeles del cielo en torno del Padre eterno; me habló, preguntándome cómo me llamaba y me dijo que era bonita. .

Niania se interrumpió otra vez.

—Vuelvo á caer otra vez en el pecado, es el demonio que me tienta...

—Sigue, cuéntamelo todo. ¿Le amaste?—preguntó Antonia con los ojos brillantes.

—¡Le amé más que á mi alma Nadie, excepto mi padre y mis hermanitos, me dijo una palabra de ternura. Crecían en la aldea que era orgullosa porque no hablaba con nadie; más que orgullosa era tímida.

También lo era con Afanasi, pero él sabía tranquilizarme. Yo empecé por mirarle á hurtadillas, casi tapándome el rostro, como hacen en las aldeas las jóvenes vergonzosas, y después acabé por extasiarme contemplándome en sus ojos. Le amaba tanto que cuando no podía verle, aunque sólo fuese de lejos, en el patio de los señores, lavando el coche, ó cuando llevaba los caballos á beber, me ponía triste y lloraba por la noche sin poder dormir.

Hacia seis semanas que por primera vez encontré á Afanasi en el bosque; en la granja y en otros sitios volví á verle, pero yo era tan tímida que no me atrevía á permanecer un minuto delante de él. ¡Era muy extraño! Antes de verle, sentía impaciencia, las horas me parecían tan largas como los años, y luego, cuando iba en su busca, marchaba con lentitud como si me diese pena estar á su lado; en seguida que me tenía cerca trataba de cogermelo por el talle, de abrazarme, pero yo le rechazaba y huía. al estar un poco lejos, me detenía para verle volver á la casa-palacio,

ocultándome detrás de un árbol, y cuando podía verle sin que él lo notase, me sentía feliz y me tranquilizaba hasta el día siguiente.

Una tarde, estaba yo de pie en un ángulo de la avenida que conducía á casa de los señores, mirando á Afanasi que iba hacia las cuadras, me pareció tan hermoso que mi corazón se escapaba hacia él; no pensaba en nada más, que cuando él se ocultase detrás de la pared, me pondría muy triste; mi padre, que regresaba del trabajo al verme, se acercó á mí. No lo ví llegar, y cuando me tocó en la espalda di un salto de terror.

—¿Qué miras?—me dijo burlonamente—¿Las largas zancas del hermoso Afanasi?

Como no tenía costumbre de mentir, me quedé confusa sin saber qué contestar.

—¿Me han dicho que te hace el amor? Desconfía de sus palabras, es un embustero—añadió mi padre.

—Pero, padre, si no me ha dicho nada malo—repose ofendida por el concepto que tenía de él.

—¡Creo que ese embaucador no te haya dicho nada malo! pero también galantea á la vez á la hija del molinero y á la camarera de la señora. Así, si no consigue á una conseguirá á otra. Esas dos tienen algún dinero y no creo quiera casarse con una joven pobre. No le gustan las que son calzadas con piel natural; prefiere á las que gastan botinas.

Yo contemplé mis pies descalzos. Mi padre no dijo nada más. ¿Podía dejar de creer á mi padre? ¿Y cómo sospechar que Afanasi me engañaba? Nunca me habló de casarnos y no era yo quien se atreviese á hacerlo, pero creía que me amaba bastante para pasar su vida conmigo. Volví á casa, di de comer á mis hermanos, y cuando en derredor de la estufa se quedaron dormidos, yo me acosté sobre el camastro y me puse á reflexionar.

No, no podía admitir que mi padre se burlase de

mí. Era burlón, pero no se mofaba de las cosas serias y amaba mucho á sus hijos. Pensé en preguntar á Afanasi si era verdad que cortejaba á otras; pero sin saber por qué, me pareció que se incomodaría conmigo y dejaría de amarme.

La camarera era hija de un criado de la casa señorial, allí se había educado, y nos miraba á las campesinas con desprecio, y sólo algún día de fiesta y casi por fuerza nos hablaba; esa orgullosa nada me diría; resolví ir en busca de la molinera; vivía á dos verstas de nuestra casa, á la orilla del río, tenía casi mi misma edad, pero mientras yo estaba ocupada de continuo ella nada tenía que hacer.

Al día siguiente, después de arreglar toda la casa, dije á mi padre que iba á ver si había cangrejos cerca del molino, y me fuí cargada con el cesto. Cuando pasé por detrás de la corralera de la casa señorial, oí á Afanasi que se reía á carcajadas, su voz me era muy conocida y siempre me llegaba al corazón; á su lado reía también una voz de mujer, no pude adivinar si era la camarera ú otra; pero pasé muy de prisa, casi corriendo. Desde aquel momento me puse muy triste; adivinaba, sin saber por qué, que mi viaje era inútil, y que ya sabía bastante para que mis ojos se abriesen; pero ya lo sabes, hija mía, cuando se sufre no queremos creer en las cosas que nos hacen llorar; se cierran los ojos y los oídos, hasta que la desgracia nos obliga á abrirlos gritando:—¡Mírame de frente!—y cuando se la mira se ve que su semblante no es nuevo, que hacía tiempo lo conocíamos.

Fuí al molino, Paracha, la hija del molinero, estaba sentada á la puerta, ocupándose en dar de comer á los polluelos con el grano pisado que caía á tierra cuando se descargaban los caballos y no era bueno para la molienda.

—Buenos días—me dijo.—No se te ve con frecuencia.

—No tengo tiempo, hay muchos niños en mi casa—repuse.

Me hizo entrar obsequiándome con *Koass*, leche cuajada y macarrones y cosas muy buenas, y puso sobre la mesa un bizcocho grande, en el que estaba escrito su nombre con azúcar.

—¿Quién te ha regalado eso?—le pregunté temblando, pues adivinaba la contestación.

—Mi prometido, el cochero Afanasi—repuso enrojeciendo de placer y de orgullo. Mis padres le han dado permiso para venir á casa y hacerme regalos, soy su prometida y si sus amos no están este invierno en la ciudad nos casaremos por la fiesta de la Epifanía, y así se van será por Pascuas.

—¡He aquí cómo una sabe su desgracia!—pensé.

—Y qué, ¿no me felicitas?—me dijo Paracha mirándome con asombro.

No supe cómo arreglármelas para levantarme y abrazarla tres veces después de haberme inclinado hasta doblar la cintura. Sin embargo, la felicité y entonces me hizo subir al piso alto para enseñarme su ajuar. Era magnífico, pues hacía doce años que su madre se ocupaba de él. Allí había de todo; hasta toallas bordadas para regalárselas como recuerdo á las jóvenes que asistiesen á la boda. Su número pasaba de cuarenta.

Había vestidos como los llevaban las camareras de la señora, pañuelos de seda, ropa blanca con encajes y dibujos encarnados y blancos, pues sus padres nada le escatimaban.

—Mis padres—me dijo—no me permiten ponerme nada de esto hasta que me case, pues no soy más que una campesina, pero cuando me case con Afanasi, me vestiré lo mismo que una señora.

Mientras me enseñaba todo esto, pensé que era, en verdad, una novia rica y también más hermosa que yo; tenía unas trenzas que eran casi tan largas

como las tuyas, querida mía, ya sabes que las campesinas peinan su cabellera en una sola trenza. Me dije que yo era una loca al pretender el amor de Afanasi, cuando una joven tan bella y tan rica como Paracha no se creía demasiado buena para él.

—¿Hace tiempo que es tu novio?—le pregunté con alguna esperanza de que me dijese que no.

—Por la Ascensión hará un año—dijo con orgullo. —¡Todo el invierno y toda la primavera! Me cortejó lo mismo que se coge una flor que se encuentra en el camino y que después de tenerla un momento en la mano se tira; me había encontrado bastante hermosa para decírmelo, y si yo hubiese sido menos prudente se hubiera aprovechado de mi locura y de mi ceguedad. Felizmente, Dios y mi ángel guardián me protegieron, sin duda en pago de haber cuidado á mis hermanos.

—Bueno, me voy—dijo á Paracha levantándose.

—¡Yal! ¿A dónde vas?

—A buscar cangrejos.

—¿Y tú, es que no piensas casarte?—me preguntó. El orgullo se despertó en mí y repuse con altivez:

—Espero hacerlo pronto, y ya te invitaré á mi boda.

—Tú vendrás á la mía—dijo Paracha acompañándome hasta la puerta.

Me alejé con apariencia serena, fingiendo alegría, pero cuando estuve cerca del sitio donde podía pescar cangrejos, no tuve valor para hacerlo; me senté sobre la hierba, muy espesa á la orilla del río, donde no solía pasar nadie, y me puse á llorar hasta que agoté las lágrimas.

Cuando mis ojos estuvieron secos para borrar las huellas me lavé el semblante y volví á casa con el cesto vacío.

Tenía que volver á pasar delante del molino; andaba de prisa para que Paracha no me viese y le

diera la idea de preguntarme si la pesca había sido buena. Pasé sin hallarla, pero apenas había andado un centenar de pasos tropecé con Afanasi que á paso largo iba al molino, tan alegre como de costumbre. Al verme pareció asombrarse un poco; pero en seguida se puso á reír.

—¿De dónde vienes, hermosa mía?—me dijo cariñosamente.

—Del molino—le respondí.— Te felicito, puesto que tienes una novia muy hermosa y bastante rica para que puedas pavonearte por la ciudad. Tienes razón, pues te adora.

Dí un paso para continuar la marcha, pero él me detuvo cogiéndome por una mano.

—La boda aun no está hecha—me dijo con una entonación que me hizo comprender que sus intenciones no eran buenas.

Sentí que toda la sangre me hervía en las venas.

—¡Vergüenza para tí!— exclamé—te burlas de las jóvenes, no eres más que un embustero y un hipócrita, y si algo me pesa es haberte mirado esa cara cobarde, y oído tus palabras de traidor. ¡Déjame!

Había arrancado mi mano de la suya y le miré con tanta indignación que retrocedió un paso.

—¡Querida .. no te incomodes—me dijo balbuceando.—He querido bromear... perdóname... ¿Y á Paracha, le has dicho.. ?

—¿Qué le he dicho?—respondí cruzándome de brazos y mirándole á la cara.

—¿Tú no le has dicho... que... que yo bromeaba contigo, eh?

Era tan temerosa su entonación y tan cobarde que mi enojo se disipó en el acto.

—No,—repuse recogiendo mi cesto que antes había dejado caer;—no le he dicho nada, y tal vez he hecho mal, pues ella cree casarse con un joven hon-

rado, y se casará con un miserable; pero he callado porque me dió vergüenza confesar mi debilidad.. ¡Ya puedes ir en busca de tu rica prometida!

Prorrumpí en una carcajada y me fuí á toda prisa.

Al llegar á casa mi padre me preguntó por qué estaba el cesto vacío. Como no me reñía con frecuencia, y menos aun por bagatelas, le dije que había estado con la molinera.

—Está bien, no es cosa mala que alguna vez te distraigas un poco; tu vida no es muy alegre. Sin tener marido, hace mucho tiempo que pesan sobre tí las obligaciones de una mujer casada.

No me dijo nada más. Me costó mucho tiempo y trabajo acostumbrarme á la idea de que Afanasi no era más que un imbécil sin corazón, cuando pensaba en él, me hacía daño como si rascasen mi cuerpo con un cuchillo. Ya no le amaba con pasión y hacía todo lo posible por olvidarle, pero cuando se ha bebido el veneno del amor tarda mucho tiempo en desaparecer el gusto.

*Niania*, que hasta entonces había hablado con la cabeza baja, fijó sus ojos llenos de compasión en Antonia.

—Hay venenos cuyo gusto nunca se pierde—respondió la joven.

—Lo he dicho por mí—añadió *Niania*..—Tenía tanto que hacer que sólo durante la noche me era posible pensar en el miserable; pero también estaba tan fatigada que solía dormirme en el acto, sin tener tiempo ni aun de decir ¡Dios me guarde.. ! Otro pesar tenía que sufrir por culpa de Afanasi; no sé qué calumnia me pudo levantar; pero ello es que se empeñó en no quererme ver, como si yo le hubiese hecho algún mal. Esto me hizo tanto daño que algún tiempo después un campesino me pidió á mi padre por esposa, y para casarnos en seguida, sin reflexionar dije que sí. Quería casarme antes que Paracha,

á fin de tener el derecho de ser saludada por ella antes de hacerlo yo, pues las solteras deben ceder en todo ante las casadas.

—¿Fuiste feliz con tu esposo?—preguntó Antonia.

*Niania* guardó silencio, después repuso:

—No; era un mal hombre, pero ya ha muerto.

¡Que Dios se apiade de su alma!

—¿Malo?—insistió la joven.

—Sí; me pegaba, me insultaba; no estaba acostumbrada á semejantes tratos y me parecían muy duros... pero una mujer casada ha de sufrirlo todo.

—¿Ha muerto?

—Algunos años después de la boda, dejándome dos hijos. Lloré porque hay que llorar al esposo que se pierde, pero su muerte para mí, más que un mal, fué un bien.

—¿Y tus hijos?

—Con ellos fué mayor mi pesar. Los perdí en pocos días; ambos murieron de una fiebre que infestaba la comarca. Entonces comprendí que los demás pesares eran muy poca cosa, ante el dolor de ver enterrar á los hijos.

Antonia volvió la cabeza quedando su semblante en la sombra.

—Sí—continuó *Niania* nerviosamente siguiendo el curso de sus ideas,—los hijos que se han dado al mundo, que se han alimentado á nuestro pecho, llevado en brazos, interesan más al corazón que todo lo demás. Después de mi marido me quedaban mis hijos; después de ellos, nada. Yo me negué á comer; tu difunta abuela, compadeciéndose de mí, me tomó para el servicio de sus habitaciones. ¡Que Dios la tenga en la gloria! Puedo decir que me salvó la vida, pues mis hijos me llamaban al sepulcro.

Antonia puso su mano blanca y febril sobre la arrugada y fría de la anciana.

—Sí, ya sé que me quieres—añadió la pobre vieja

—por eso os quiero tanto á tu hermano y á ti; vosotros me recordáis á mis hijos... ¡Señor, aleja de ellos el mal!

*Niania*, secando sus ojos con el delantal, repuso en pie:

—Tu mamá nos reñiría si supiese que á estas horas hablábamos en vez de dormir... Vamos, toma la medicina para curarte la tos.

—Ponla sobre la mesilla, ya la tomaré después.

*Niania* obedeció saliendo después de bendecir á la joven. Al estar sola Antonia se levantó y abriendo la ventana lanzó á la calle la medicina, y otra vez se expuso á los efectos del aire frío de la noche, pero el valor la abandonaba.

—¡Basta, basta!—murmuró,—mis fuerzas se agotan!

Volvió á acostarse, pero el sueño fué febril y entrecortado por pesadillas. Hasta la mañana la historia de *Niania* y el semblante de Dournof no se apartaron de su cerebro fatigado.

XII

Quince días después la señora Karzof decía á su paciente esposo estando solos en el comedor:

—No sé qué tiene Antonia; parece que está muy fatigada; tose un poco... temo que esté enferma.

—Habrá que llamar al médico —replicó aquel marido bonachón.—Nunca deben descuidarse los primeros síntomas de una enfermedad; con frecuencia una indisposición leve, degenera en grave, por culpa de...

—¡Dios mío; qué retahila de palabras estás soltando!—exclamó la señora Karzof con impaciencia.

—El médico vino ayer.

—¡Ahl Bueno ¿qué dice?

—Que continúe la poción y además ha recetado unos polvos.

—Bien, dentro de algunos días estará mejor,—

—dijo Karzof, quien profesaba veneración absoluta por los oráculos de la Facultad.

Su mujer no parecía estar tan convencida como él de la eficacia de aquellos remedios; y después de un instante de silencio añadió:

—¿Sabes que creo que Antonia ama á Dournof más de lo que pensábamos?

—¿Por qué ha de amarle? ¿Te ha vuelto á hablar de él?

—No, es decir, desde que fuimos al circo no ha vuelto á hablar de esa cuestión.

—¡Es que ya no se acuerda de él!

La señora Karzof hizo un ademán negativo.

—Antonia no es de las jóvenes que olvidan con facilidad; me ha replicado mucho tiempo que le dejase casar con Dournof.

—¿Bueno y qué?—repuso Karzof cuya inteligencia no rayaba á grande altura.

Su mujer le miró diciendo:—¡No eres más que un pobretón! Luego añadió con entonación confidencial:

—Tal vez hemos hecho mal queriendo casar á Antonia cuando piensa en otro; créf que le olvidaría y no le ha olvidado. Con el tiempo tal vez lo haga; pero ahora... Si no estuviésemos tan comprometidos, optaría por devolverle á Titolof su palabra.

—¡Devolver la palabra al general!—exclamó Karzof como si la casa se le fuese á caer encima.

—No grites tanto. Es inútil que Antonia nos oiga. ¡Devolver la palabra al general! ¿Por qué no? ¡Después de todo, á mi me preocupa muy poco. Antonia es nuestra hija y quiero que viva!

La señora Karzof se echó á llorar. Su esposo, más confuso que nunca, la miraba con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¿Pero es que está muy enferma?—balbuceó al fin.

—No lo sé, pero sus ojos me dan á la vez espanto y dolor; al mirarme parece que me perdonan por mi conducta... Harto he querido incomodarme y no he podido hacerlo.

—Pues bien, interrógale—dijo Karzof lleno de sobresalto.

—Ya sé lo que me contestará; no vale la pena hablarla hasta que no lo haya hecho con Titolof. Tu eres hombre y deberías encargarte de ello. Sondea á ver si está dispuesto á devolvernos la palabra.

—¡Lo... probaré!—dijo con resolución aquel buen hombre, emocionado ante las lágrimas de su mujer, pero en el fondo aterrorizado ante la idea de tener que hablar en serio con Titolof.

Antonia entró en el comedor disculpándose por haberse levantado tan tarde. Desde hacía algún tiempo le costaba trabajo madrugar, el sueño le acudía tarde y sólo descansaba entre ocho y diez de la mañana.

—Eso no importa—dijo la señora Karzof,—no estamos en un regimiento para que te levantes al toque de diana.

Sorprendida por tanta bondad la joven fijó sus ojos en su madre, conociendo que había llorado. Le asaltaron los remordimientos (no era la primera vez) y pensó con dolor en la pena que muy pronto causaría á sus padres.

Por su parte los viejos miraron á Antonia ¡cuánto había cambiado! aquellos ojos antes tan hermosos y puros, ahora de tinte mate bajo el cual no circulaba la vida con tanto vigor; hasta los cabellos más claros dejaban en sus sienes un haz de venas azuladas; cambiaron una mirada de piedad, un signo de inteligencia y la señora Karzof se puso á conversar con su hija de una manera familiar y alegre.

—¿Quieres ir esta noche al concierto?—le preguntó.

—Bueno—repuso Antonia con indolencia.

—Es un concierto muy bueno, en la asamblea de la nobleza ¡si quieres, tu padre nos comprará los billetes!

Antonia miró á su madre creyendo que se burlaba de ella y preguntó:

—¿Para usted y para mí, mamá?

—Si, para las dos, tomaremos un coche é iremos solas.

¡Sin Titolof! Esta inesperada alegría reanimó á Antonia, quien accedió con más vivacidad de lo que hacía tiempo demostraba. El padre salió para ir á la oficina prometiendo traer los billetes. Por la tarde se presentó el novio oficial; en el salón estaban algu-



nas personas. Karzof, retrasándose por el paseo que tuvo que dar para ir en busca de los billetes, entró en el instante en que su futuro yerno se despedía de las señoras, así es que no pudo cambiar con él más que un saludo y un apretón de manos.

Al entrar en el salón donde se daba el concierto, Antonia sintió que sus fuerzas la abandonaban; el calor, los perfumes, el brillo de las luces, contribuían á hacerla desfallecer; con mucho esfuerzo, para caminar con paso firme, logró sentarse al lado de su madre. Durante los últimos quince días notó que su mal hacía progresos terribles. Seguía sin tomar las pociones y los polvos recetados por el médico.

Era el doctor hombre de poca inteligencia, muy apegado á seguir la rutina y no observó que si la enferma hubiese seguido sus prescripciones el mal no progresaría con tanta rapidez. Hasta creía era un simple resfriado á causa del frío anormal de la estación.

Con tanta luz, y excitada por la música, Antonia parecía más bella que nunca. Sus ojos recorrían las galerías del piso superior que daban vuelta al inmenso salón; los que no quieren vestirse de etiqueta ó pagar quince ó veinte francos por una butaca, pueden asistir al concierto por un precio módico. Antonia sabía que Dournof estaría allí, pues le hizo avisar por *Niania*, encargándole que no faltase.

En efecto, pronto le vió encima de la orquesta, casi enfrente de ella. Apoyando la punta de los dedos en la boca le envió un discreto beso; la joven respondió con un ademán de cabeza y sus ojos no se separaron de él. Los amantes partieron juntos hacia esa región encantada de la música, en donde todo es luz y transparencia, en donde hasta el dolor tiene algo de vaporoso y de inmaterial. Los nervios de Antonia, que llevaban tantos días de terrible tensión, vibraban como cuerdas de violoncello; era tan

feliz aspirando con su amigo el aire abrasado de la pasión que despertaban las poderosas armonías de la orquesta, que hasta olvidó los dolores que la esperaban.

La sinfonía terminó; después del entreacto, un tenor muy en boga y digno de los favores del público apareció en el estrado. La orquesta dejó oír los primeros compases del *ritornello* de Egard en la ópera *Lucia* y el tenor cantó en italiano:

¡Pronto crecerá la hierba de los campos  
sobre mi tumba solitaria!..

Antonia, despertando bruscamente á la realidad de la vida, lanzó un grito, perdiendo el conocimiento. A su alrededor se agruparon algunas personas. Los trombones de la orquesta taparon el ruido que se hizo para llevársela, y el tenor continuó su *ritornello*, siendo aplaudido con entusiasmo.

Antonia fué transportada al saloncito de las señoras. En el instante en que volvía en sí los frenéticos aplausos anunciaban el final del trozo cantado por el tenor.

—Perdón, mamá—dijo.—Siento lo que me ha pasado. Vámonos á casa.

Muchos se ofrecieron para ir á buscar el coche. La gracia y la belleza de Antonia, y ese algo sobrehumano que le prestaba el dolor reflejado en sus ojos, había hecho que á su alrededor se agrupasen muchos hombres. Dos viejos, de la más encopetada nobleza, no quisieron ceder á nadie el cuidado de conducirla al coche. En la puerta estaba Dournof, pálido, con aspecto serio. Antonia, que lo buscaba con los ojos, le dirigió una sonrisa angelical; pero tan dolorosa, que el joven se estremeció hasta lo más profundo de su ser.

—¡Se muere!—pensó.—¿Cómo no lo adivinan los demás?

Se acercó hasta la portezuela del coche, y la mano de Antonia se apoyó en la suya para subir al carruaje. Tan turbada estaba la señora Karzof que no se fijó en esto; aquel desvanecimiento después de la conversación con su marido aquella mañana, había llenado su alma de terror. La condujo á casa colmándola de ternezas que la joven aceptaba con pesar.

Karzof, al saber el incidente ocurrido á su hija, asustado y con precipitación bajó la escalera. Juan acudió en su auxilio y juntos llevaron á la joven á su habitación, á pesar de las protestas de Antonia afirmando hallarse bien y que aquello fué un simple desvanecimiento causado por el calor. La señora Karzof quiso desnudarla y hacer que se acostase, y Antonia tuvo que soportar los cuidados que su madre le prestó con lágrimas en los ojos.

Después de esto, y cuando se aseguró de que su hija estaba ya tranquila y sólo necesitaba descansar, la señora Karzof se retiró á su gabinete y escribió al médico para que al día siguiente viniera muy temprano.

—*Niania*—dijo Antonia con dulzura, viendo aparecer á la criada, quien creyéndola dormida avanzaba de puntillas.—Baja pronto á la calle, Dournof debe estar en ella, dile que no tengo nada, y que muy pronto nos veremos. Vete en seguida.

*Niania* iba á hacerle una pregunta, pero Antonia repitió:—¡Pronto!—y la pobre vieja se apresuró á obedecer. Al cabo de algunos instantes regresó diciendo:

—Ángel mío, tenías razón; estaba abajo... me ha encargado te diga que debes cuidarte, que le has dado mucho miedo y que te ama como un loco. ¡Oh, niños, niños, á qué juego jugáis! ¡No hay más que morir

Una sonrisa de dolor iluminó el semblante de Antonia.

—Buenas noches—murmuró volviéndose hacia la pared.

Algunas horas después todos dormían en la casa. *Niania* se despertó sobresaltada, le parecía haber ocurrido alguna desgracia y sin calzarse corrió á la habitación de Antonia, abiendo la puerta con cuidado. La joven, en ropas menores, estaba arrodillada ante las imágenes con los brazos caídos, rezando con lágrimas en los ojos. Palabras sin hilación salían de sus labios; había llorado tanto que hasta le faltaban las fuerzas para levantarse.

—Perdóname, Dios mío, acógeme en tu seno—decía.—Sufro, sufro mucho. ¡Qué dolor para él y para ellos! cuán pecadora soy, ¿qué será de mí si Dios me rechaza? ¡Y tan joven! ¡Ah, Dios mío! no puedo más...

Iba á caer al suelo; pero *Niania*, que oyó sus frases con el cabello erizado de terror, la cogió en sus brazos, y con una fuerza increíble á su edad la puso en el lecho. La joven la miró sonriente y cerró los ojos desvanecida.

—¡Socorro, socorro, la señorita se muere!—gritó *Niania*.

Todos los de la casa acudieron en seguida, se emplearon los recursos usuales en estos casos, mientras venía el médico que la señora Karzof envió á buscar, y el que se presentó al cabo de una hora. Quería mucho á Antonia por haberla visto nacer, pero su ciencia no estaba á la altura de sus sentimientos; dijo que la joven sufría una fuerte excitación de nervios y prescribió que se le cortase toda emoción y la dejaran en el más completo reposo.

Al día siguiente, ó por mejor decir, el mismo día, cuando á la hora de costumbre se presentó el general Titolof, Karzof le recibió bastante cohibido.

—¿La señorita Antonia, está bien?—preguntó el general con galantería después de saludar.

—No, y queríamos decirselo á usted—repuso el anciano.

—¡Cómo! ¿Acaso está enferma?—dijo el general poniendo el semblante compungido como requería la situación.

—Sí, es decir... Ayer perdió dos veces el conocimiento...

El general frunció las cejas é hizo varios gestos que en lenguaje cortés querían decir:

—¡Qué desgracia tan grande! ¡Cuán afectado estoy!

—¿Y el médico qué dice?... ¿Supongo habrán ustedes recurrido á los auxilios de la ciencia?

—¡No faltaba más! el médico dice que hay que evitarle toda emoción; la ha recomendado absoluta quietud—dijo Karzof que había aprendido de memoria la frase.

Titolof frunció más las cejas.

—¡Es mucha desgracia... mucha desgracia! ¡Una joven que parecía gozar de tanta salud!

—Siempre estuvo muy bien... Desde que es novia que...

Titolof se puso tan serio que Karzof no se atrevió á concluir la frase, y desvió la conversación pensando que así le sería más fácil lograr su objeto.

—¿Cuándo piensa usted salir de San Petersburgo, general?

—La segunda semana después de Pascuas—repuso el funcionario.

—Hum... malo, malo... Ya la sabe usted, general, temo que mi hija no esté buena para esa fecha.

Titolof saltó como si le hubiesen clavado un alfiler en las nalgas.

—¿Y entonces?...—balbuceó con sorpresa.

—¡Ah! general, no sé...—repuso Karzof tan compungido como si su superior gerárquico fuese á reprehenderle.

—No comprendo. No me atrevo á comprenderle, caballero: pero al creer lo que sospecho usted retira su palabra y...

—No retiro mi palabra,—dijo Karzof levantando la cabeza—pero mi hija está enferma y el médico le ha prohibido toda emoción, y el matrimonio trae muchas consigo, y en la actualidad... En fin, aun restableciéndose pronto, como esperamos, no le será posible casarse hasta que pasen cuatro ó cinco meses—dijo Karzof á la vez que pensaba:—¡Te he cogido! así aprenderás á ser más listo.

—¡Cuatro ó cinco meses! ¡Y yo que debía casarme antes de partir y es necesario que me vaya quince días después de Pascuas! Debían ustedes haberme avisado antes—exclamó Titolof furioso.

Karzof se veía muy comprometido; por fortuna entró su esposa en el salón y sin saludar al general le dijo con sequedad:

—Esto no es culpa nuestra. Además, debía usted haber notado que no agradaba á nuestra hija.

—¡Nunca me lo ha dicho!—repuso Titolof confundido por aquel ataque que no esperaba.

—¡No faltaba más! ¿Cree usted que está tan mal educada para decir cosas desagradables á las personas que recibimos?

A estas palabras siguió un murmullo general, pues todos hablaban á la vez, y Titolof dijo con entonación de enfado:

—¡Se debía avisar á las personas! ¿En dónde encontraré yo una esposa antes de las Pascuas? ¡Es preciso que antes de un mes me case y ocupe mi nuevo destino! Durante la Semana Santa no pueden hacerse visitas. ¡Dios mío, Dios mío, esto es inaudito!

Juan Karzof, oyendo tantas lamentaciones, asomó la cabeza por la puerta de su habitación, que daba al corredor, y contempló con alegría el asombrado y

descompuesto semblante de Titolof; cuando la puerta se cerró detrás del general tomó el sombrero y la pelliza, pero en el momento de salir á la calle cambió de parecer y fué al gabinete de su hermana Antonia, no pudiendo permanecer en pie, estaba acostada sobre un canapé: su ropa de casa denunciaba ya su delgadez, pues le venía muy ancha. Al ver á su hermano se sonrió.

—Han despedido á tu prometido—dijo Juan, y se detuvo viendo á su hermana incorporarse con rapidez mirándole con asombro.

—¡Qué dices!—exclamó con sorpresa.

—¡Ah, diablo!—pensó Juan—le han prohibido las emociones... ¡Bah! esto no puede perjudicarla—y añadió en alta voz:

—Papá acaba de decir á Titolof que tú estás enferma, y como el general tiene más prisa en casarse que nosotros en separarnos de ti, ha ido á otra parte con la música ¿estás contenta?

—¡Ah!—exclamó Antonia—lanzando un grito desgarrador.—¡Demasiado tarde, demasiado tarde!

Al oír este grito, sus padres, que estaban en el salón, acudieron precipitadamente.

—Perdón, perdón mis queridos padres—exclamó Antonia.—He dudado de vosotros, pensé que no me queríais... ¡Perdón! ¡Qué he hecho!

Se retorció las manos mirándoles con ojos de súplica, mientras que por su semblante rodaban gruesas lágrimas.

—Delira—exclamó la madre.—P. onto un calmante... los polvos...

Abrió el cajón donde se guardaban los medicamentos, lanzando un grito desgarrador.

—¡Desgraciada, qué has hecho!

—Perdón, perdón—exclamó Antonia—volviendo á dejarse caer sobre la almohada.

—¿Qué pasa de nuevo?—dijo Juan asustado.

—Todos los paquetes están aquí. ¡No ha tomado ni una! Desgraciada ¿querías morirte?

Antonia, sin responder, hizo un ademán enérgico que llenó á todos de terror. Una tos convulsiva sacudió su débil pecho, se llevó el pañuelo á la boca para sofocarla y le tiró en el acto á tierra, viéndose que estaba manchado en sangre.

—¡Ah!—exclamó la señora Karzof juntando las manos.—Hemos sido muy severos contigo; pero tú nos castigas con demasiada dureza!

Antonia no respondió. ¡También ella estaba castigada!

XIII

A las once de la mañana siguiente el especialista más célebre en las enfermedades del pecho, el doctor X, estaba al lado de la joven. Su colega, cuya negligencia produjo tan funestos resultados, también estaba presente, contrito y lleno de remordimientos, mientras el especialista auscultaba á Antonia con detención.

Al terminar el examen dijo sonriéndose;

—No será nada, un poco de paciencia y se curará. Es cuestión de seis semanas.

Púsose á escribir una receta y pasó luego al gabinete de Karzof, á donde fueron los esposos y Juan. Niania y el otro médico quedaron al lado de Antonia prodigándole palabras de consuelo.

—Vamos, doctor—dijo el padre dirigiéndole una mirada tímida—¿Qué opina usted?

El doctor después de comprobar que la puerta estaba cerrada, dijo en voz baja:

—Es inútil engañar á ustedes: dentro de seis semanas habrá muerto.

—¡Es imposible!—exclamó la madre levantando los brazos al cielo.—Eso no puede ser, Dios no lo querrá.

—No haga usted ruido—interrumpió el doctor.—Es una tisis galopante y no hay posibilidad de atajarla; se pueden atenuar sus sufrimientos; pero no cu-

rarla. Darle lo que pida, no hay que negarle nada, ni aun los caprichos más extravagantes.

Los dos esposos lloraron en silencio.

—Pero, doctor—dijo la madre esforzándose por contener sus lágrimas—¿cómo ha podido ser eso?

—Un enfriamiento mal curado; ustedes me han dicho que no tomó los medicamentos, estaban bien indicados; ¿por qué no los tomó?

Los esposos se miraron como si fuesen culpables de esta falta.

—Estaba muy triste—murmuró la madre.

—¡Oh! ¿tristeza de amor? Esto sucede alguna vez. Se quiere morir y al lograrse lo que se desea, entonces se quiere vivir; pero ya es tarde. ¿Ama á alguien?

—Sí—dijo el padre con tristeza.

—En este caso, ustedes sabrán lo que deben hacer... Puedo equivocarme—añadió—pues nadie es infalible. Consulten ustedes con otro médico, y tal vez encuentre la enfermedad menos grave que yo; en mi concepto no vivirá más de seis semanas.

Al marcharse el doctor los dos esposos continuaron llorando; el golpe era tan repentino, tan imprevisible, que les anonadó.

—¡Todos los médicos mienten!—dijo la señora Karzof sollozando—estoy segura de que no es verdad lo que ha dicho. Mañana celebraremos otra consulta y si es preciso vendrán tres médicos ¿verdad, Karzof?

—Sí—gimió el esposo—voy á avisarles en seguida. Ah, qué desgracia, nuestra Antonia, tan hermosa, tan buena!... ¡Aun no hace un mes que dimos el baile!...

—Hace seis semanas—objetó su mujer por costumbre de rectificar los errores de su esposo...—¡El día que fuimos al circo iba tan desabrigada!...

—Aquel día cogió el enfriamiento,—el abrigo se

le caía continuamente de los hombros, y además, iba tan ligera de ropa... ¿Por qué no ha tomado los polvos? en seguida se hubiese curado. Se le dijo una porción de veces. ¿Por qué no lo ha hecho?

Se calló, un silencio lúgubre reinó en la estancia. Juan se levantó de repente para dirigirse hacia la puerta.

—¿Dónde vas?—le preguntó su madre.

—A buscar á Dournof—repuso el joven con voz que quería ser firme; pero le faltaron las fuerzas y prorrumpió en llanto saliendo apresuradamente.

Al quedarse solos los esposos se contemplaron exclamando á la vez:

—¡La culpa es nuestra!